

# El hábito de la lectura

14/02/92

George ANDUJAR MORENO

A comienzos del siglo, un destacado intelectual peruano acuñó el pensamiento, entonces promisorio, que el Perú se salvaría bajo una montaña de libros. Francisco García Calderón aludía, ciertamente, a que nuestro destino como nación se encontraba estrechamente vinculado a los libros o, para ser más exactos, a sus lectores.

En un país con una persistente tasa de analfabetismo, podría resultar irónico meditar en torno a la lectura. Sin embargo, no sabemos qué será más tremendo: continuar en las tinieblas del saber por la culpa de un Estado que no supo llevarles las primeras letras; o permanecer en ellas, no obstante gozar del don, simplemente por frivolidad, pereza o falta de costumbre. Saber leer y no ejercitarlo es, al fin y al cabo, igual que no saber. Aunque las estadísticas no lo registren, se diría que existe un considerable segmento de población al cual no podemos definir dentro de los tradicionales conceptos de alfabeto o analfabeto.

Mucho antes de la cautivante presencia de la televisión en los hogares, la gente dedicaba un poco más de tiempo a la lectura. Junto a la vitrola, que nos regalaba con parsimonia sus acordes de música selecta, convivía, sigilosamente, una austera y siempre visitada biblioteca. En las horas de solaz y descanso, en un mundo menos ancho, y luego de una ineludible charla familiar, era el libro siempre la mejor compañía. Los agitados tiempos modernos de videos y computadoras parecieran no propicios a esta cordial amistad. Tal vez, pues, sea llegada la hora de volver el reloj e ir a la búsqueda del tiempo perdido.

La lectura es alimento del alma y fuente primera de información y, sobre todo, de reflexión. Cuando abrimos un libro se inicia, imaginariamente, un inefable diálogo, salvando abismos de tiempos y de distancias, con el autor de lo escrito. Quevedo, el genial poeta español del Siglo de Oro, en unos hermosos versos compuestos en su confinamiento de la Torre de Juan Abad, decía que los libros le permitían "vivir en conversación con los difuntos y escuchar con los ojos a los muertos".

Algunos libros, en cambio, deslizan al atento lector a su mundo interior; a su propia alma, enriqueciendo su espíritu y capacidad creativa. Por ello, la lectura es también, fundamentalmente, un acto creador.

Después de devorar un libro, uno ya no es el mismo. Tampoco volverá a serlo cuando lo lea

nuevamente, aunque ésta sí es una extraordinaria aventura de gozo, reservada a los elegidos.

Hay quienes por su arte u oficio se encuentran obligados a leer. Tienen por ello el imperativo categórico de ser tenaces y consuetudinarios lectores. El primer mandamiento de Cordero a los abogados —"Estudia cada día, porque si no serás cada día menos abogado"— se extiende a todo profesional, con título o sin él. La juventud, con su innata voracidad e ímpetu por coger el divino tesoro del saber, debería por antonomasia, ser lectora impenitente. En ellos especialmente la lectura denota la sed de conocimiento, o, como diría Rubén Darío, "el hambre de espacio y la sed de cielo", sin lo cual la juventud carece de flor y encanto.

Sin embargo, la verdad absoluta y total no se encierra en un solo libro o en un solo autor. Unamuno, el fuerte vasco, aquél del sentimiento trágico de la vida, ya nos ha alertado felizmente, del peligro de los lectores de un solo libro.

Los profesores, desde luego, tienen un poderoso instrumento de amor. Si hoy algunos jóvenes se arrebujan al conjuro de la lectura, a la cual juzgan farragosa e innecesaria, es señal clara de una deficiente formación. Empinarse a su circunstancia de necesidades materiales y trascender en sus pupilos con el ejemplo de sus buenos hábitos, debe ser su tarea primera. La fuerza de la ley es el ejemplo del Rey.

A quienes duden aún de la belleza de los signos y grafías, llamadas palabras, la poesía toda tal vez pueda replicarles. Los estetas del verbo, aquellos afanosos buscadores de la palabra pulida y redonda, pueden recordar al maestro Víctor Andrés Belaunde, para quien las palabras no son sino simples logaritmos de las ideas.

De todas las lecturas, quizá la más completa y sólida sea la de la historia nacional. Nuestro país brinda, generosamente, el escenario y los personajes más intensos y vívidos y, sin embargo, aún algunos la cuestionan en su unidad y en sus símbolos. Un país sin identidad, sin conciencia colectiva y tradiciones creadoras, sin proyecto común, es presa fácil de los mayores desatinos. La historia, después de todo, no es sino un canto al mañana, bajo la apariencia del ayer.

Que la inflación y la recesión; que el costo de vida y la canasta familiar, que el terror y las demás contingencias de nuestro pedestre existir diario, no se tornen en arteros francotiradores de nuestra imaginación y de nuestro sueño. Tomemos a Borges, a Wilde o a Eguen, y sumerjémonos en la fiesta que importa la lectura de un buen libro.